

860.5
Alf.

ALFAR



S U M A R I O

Portada de Vicente Martín. -- Poemas de Juan Ramón Jiménez, Carlos Rodríguez Pintos, Jorge Guillén, Carlos Alberto Garibaldi, Uruguay González Poggi, Rafael Alberti, Manuel de Castro, Gonzalo Pedro Losada, Luis Alberto Caputi, Julio Fernández, Orfila Bardesio, Dora Vasconcelos y Victoriana Díaz. -- Prosas de Carlos Vaz Ferreira, José Bergamín, Susana Soca, Juana de Ibarbourou, Julio Casaravilla, Clotilde Luisi, Corpus Barga, Alberto Rusconi, Cipriano S. Vitureira, Jesús Díaz Bentancourt, Hans Platschek, Justino Zavala Muniz, R. Ardoino, Julio Casal Muñoz, Ricardo Gullón y Benjamín Jarnés. - Reproducciones de José Cúneo, H. Platschek, Angel Ferrant, A. Pastor, Norberto Berdía y Jean Cocteau. -- Libros: -- Notas de Daniel D. Vidart, Selva Márquez, Pío Baroja, C. Sabat Pebet, Lucila Velázquez, Angel Aller, W. González Penelas, Dora I. Russell, J. Ortiz Saralegui, A. Esteban Ratti, Antonio Vega, Julio Fernández, F. de Miomandre, Hugo Emilio Pedemonte, E. S. Brightman, Alberto Rusconi, Eduardo J. Couture, Carlos A. Garibaldi, Vicente Aleixandre y Julio J. Casal.



ALFAR

AÑO XXX -- MONTEVIDEO 1952-53 -- N.º 90

DIRECTOR:
JULIO J. CASAL

REDACCION:
B. MITRE Y VEDIA 2621

ORNAMENTACION:
RAFAEL BARRADAS
AUGUSTO TORRES
JOSE LUIS GALICIA

S U M A R I O

Portada de Vicente Martín.

Los pájaros de yo sé dónde, de Juan Ramón Jiménez.

Las ideas liebres, por José Bergamín.

Tréboles, de Jorge Guillén.

José Cúneo y Camilo Mori. Estudio de Hans Platschek. Reproducciones de Camilo Mori y José Cúneo.

José Cúneo, por Justino Zavala Muniz.

Las Flores, de Susana Soca.

Algunas causas que tienden a disminuir artificialmente el goce artístico, por Carlos Vaz Ferreira.

El Uruguayo Carlos Rodríguez Pintos, por Juana de Ibarbourou.

Canto mayor de los siete pecados capitales, de Carlos Rodríguez Pintos. Dibujo de Adolfo Pastor.

Para Juvenal Ortiz Saralegui, de Uruguay González Poggi.

El retrato, por Carlos Alberto Garibaldi.

Canción inicial de la primavera, por Rafael Alberti.

El escultor Angel Ferrant, por Ricardo Gullón.

Reproducciones de Angel Ferrant.

Reencuentro, de Manuel de Castro.

Un viejo frente a las termas, cuento por Clotilde Luisi.

Poema sobre el tiempo, de Gonzalo Pedro Losada.

Taller, óleo de Norberto Berdía.

Relato sobre el Perú, por Corpus Barga.

Breves escolios sobre el ensayo, de Alberto Rusconi.

Poema de Alicia, de Julio Fernández.

Primer día, de Orfila Bardesio.

Al poeta Vicente Bassó Maglió, por Luis Alberto Caputi.

Dora Vasconcelos, de Cipriano S. Vitoreira.

Poemas, de Dora Vasconcelos. Traducciones de Cipriano S. Vitoreira.

El profetismo hebreo a través de la exégesis moderna, por Jesús Bentancour Díaz.

Romances de la noche vieja, de Victoriana Díaz.

Hans Platschek. Estudio de A. Goldschmidt. Reproducciones de Hans Platschek.

Escritos, por Julio Casaravilla.

Balzac entre nosotros, por Rinaelvo Ardoino. Dibujo de Jean Cocteau.

El café de Oriente, de Benjamín Jarnés.

Xavier Abril, por Carlos A. Garibaldi.

El mensaje de Eugen Reigis, por Julio Casal Muñoz.

Lábros: Notas de Daniel D. Vidart, Selva Márquez, Pío Baroja, Carlos Sabat Pebet, Lucila Velázquez, Angel Aller, Walter González Penelas, Dora Isella Russell, Juvenal Ortiz Saralegui, Horacio Esteban Ratti, Antonio Vega, Julio Fernández, Francis de Miomandre, Julio J. Casal, Hugo Emilio Pedemonte, Edgar S. Brighman, Vicente Aleixandre, Eduardo J. Couture y Alberto Rusconi.

La dirección de esta revista no devuelve los originales ni sostiene correspondencia acerca de ellos, publicando solamente trabajos rigurosamente inéditos.





L A S F L O R E S

Ahora he llegado y sé que no hay envejecimiento en las cosas nuevamente encontradas. Hay una separación entre ellas y yo, una de las formas crueles de la fidelidad. Todos los veranos que yo no vi y no únicamente éste que se acaba ahora, han tejido con su agotamiento el oro para los follajes. Y ellos se acercan no sin curiosidad a la ventana de un cuarto adonde por azar penetro.

Es una habitación que no significa nada. No he recordado ninguno de sus objetos, sólo y vagamente la ventana, aunque es parte de una casa de la cual salí hace mucho tiempo decidida a vivir o a morir.

Cerrada la ventana se respira una humedad engañosamente blanca del color del hongo que crece en el cercano cantero más o menos entregado a sí mismo hace mucho tiempo. Todo está nuevamente delante de mí y nada se ha movido como para dejarme medir la fidelidad de mi separación.

Veó entonces un cuadro bastante grande que representa unas flores, quiero caminar hacia él pero el cuadro no me deja tiempo; se coloca bruscamente delante de mí y devora las paredes desnudas y bajas. Había olvidado el cuadro pero no la sensación, el momento del salto cuando casi antes de ser visto parecía venir a mi encuentro. Había olvidado el cuadro pero ahora sé que había buscado sus flores; intrigada por ellas las perseguía en sueños. Las flores caían sobre los ojos repentinamente sin que ellos supieran de qué parte del cuadro provenían. Y durante muchos años pesó sobre mi ausencia el secreto de las flores saliendo inesperadamente de un marco que parecía limitarlas en pleno crecimiento.

La presencia de estas flores sin tierra me había seguido por muchas tierras, la abundancia de los setos hacía pensar en una floresta oprimida sin sitio para respirar, las corolas ordenadas y dóciles en un jardín del centro de Francia. Su desbordamiento estaba hecho de una aridez sin nombre como si el excesivo deseo de respirar que habitaba en ellas lo volviera infecundo. Entretanto las gamas de sus colores entremezcladas hablaban de una noble saciedad.

Ahora sé que me había obstinado en buscar el nombre de esas flores aunque podía reconocerlas sin llamarlas.

Quería saber cómo y de dónde salían del cuadro cuando avanzaban sobre los ojos, a la manera de ciertos films humorísticos en relieve. Eran tan insistentes que para verlas yo hubiera venido mucho antes, cuando comprendí que había salido en vano de la casa y del paisaje y que en aquel momento no era posible ni vivir ni morir. Pero ignoraba entonces dónde estaban las flores y no podía volver a ellas. Las flores me seguían por el mundo, crecían en mí, prestaban sus formas a los sueños que sin ellas no hubieran conocido imágenes. Salidas de su cuadro volvían a salir de un espejo, de una estatua, de un campo no plantado, de un torso humano; tenían raíces simultáneas en las tierras cuyos mapas nunca miran el uno hacia el otro.

Busqué su nombre entre flores reales e inventadas. Entre unos agapantos que se estiraban queriendo salir de sí mismos para poder respirar, en un jardín interior de París con las paredes pintadas como si prolongaran los lambrises de las salas. Busqué su nombre en el color de los laureles a la orilla de un mar que esconde sus furias.

Durante un tiempo pensé que estaba entre las rosas de mi infancia encontradas y perdidas. En un cuarto lleno de rosas y sobre una alfombra desteñida que parecía contenerlas todas; las de los cuadros, las de los vasos y las rosas oscuras y suyas que por momentos se encendían. El cuarto tenía un aire victoriano y hasta la caoba labrada imitaba la forma de una rosa. Lentamente fueron retirando objetos y cuadros, luego la alfombra, y el aire victoriano también desapareció, después pusieron en su lugar algo que no era el cuarto, otra sala, un corredor, parte de una calle, algo que no era él. Pero en mis sueños aparecen y se enredan alfombras que nunca se encontraron en vida y sobre aquella de las rosas se colocan las flores sin nombre; más tarde cuando se desgarran las alfombras y me desgarró en ellas al despertar, sin saberlo yo vuelven al cuadro colgado por años en un lugar adonde nunca se detuvo la sombra de mi ausencia cuando venía a tocar los objetos uno a uno.

Delante de mis ojos está el cuadro desbordado de flores; ahora sé que las he buscado día tras día en otro cuadro pequeño y diferente, en él unos pistilos monstruosamente finos escondían y señalaban a una mujer recostada debajo de una ventana.

En apariencia un siglo separaba las dos pinturas. Era normal que en el cuadro de las flores como inventadas, ellas salieran de la figura secretamente alargada debajo de la ventana.

Pero la pintura tranquila que está nuevamente ante mis ojos ha sido hecha en una isla favorable a los jardines y en ella el misterio no esperado amenaza marcos y paredes con una ruptura imprevista. Y hace desbordar las flores no se sabe de dónde ni hacia adónde; ahora las reconozco por el salto, el empuje peculiar que tenían en el sueño cuando éste se obstinaba en trenzarlas con otras flores para hacer de ellas una guirnalda absurda. Las flores están aquí, como en otro tiempo, absorbentes hasta la exasperación y repentinamente sé que no saldrán nunca más de su marco. Acabo de ver en un ángulo del cuadro, sugerido a la derecha una tapia de jardín pequeña y amarillenta que explica la presencia de las plantas trepadoras. El muro las ordena en un manojo, las sostiene como una mano, les impide que vayan por el mundo a perturbar las rosas victorianas recogidas en una alfombra que perdió su color mucho antes de que el sueño la encontrara.

He penetrado al azar en una habitación en el instante en que el follaje del otro lado de la reja desviaba hacia un ángulo del cuadro el rayo de luz necesaria para mostrarme lo que por años no había sabido ver.

Por otros muchos años he caminado a lo lejos para hacer ese solo descubrimiento. Aquí todo estaba en orden, como el amor y el odio sabían que estaba. Habían sido lo bastante poderosos para conocer los cambios de las cosas. El cuadro solo, aparecía ordenado por sí mismo. Y la ausencia se partía contra la pequeña pared que ella ayudara a descubrir.

S U S A N A S O C A

